

ciones groseras, baste saber dibujar, tener en la mano un pincel y á la vista la primera Fornarina, dotada de algunos atractivos, para hacer una Santa, una Virgen, ó la más pura de las vírgenes? ¡Oh! esto, según vereis, jamás lo creeré, porque nunca la antorcha divina del genio se enciende en el cieno de las pasiones! Sin embargo, allí está la historia para decirnos que tales fueron los modelos y habitual sistema de los pintores del siglo XVI y de sus sucesores. ¿Y se quería que tuviésemos fe en la inspiración religiosa de todos esos obreros? *Credat Judæus Apollo...*

Haber sacrificado demasiado á la forma material y despreciado la inspiración cristiana, hé aquí, según creo, los dos primeros reproches que justamente pueden hacerse al Renacimiento. La galería del palacio Pitti nos enseña que merece otro mucho más grave. Antes del Renacimiento no se pintaba la desnudez, y esto por dos razones: la primera, porque la religión cristiana, esencialmente espiritualista y moral, lo prohíbe. El arte era tomado por lo serio y mirado como un sacerdocio, como una lengua sobrenatural destinada á expresar un orden de ideas, de sentimientos y bellezas superiores á los sentidos. De ello dan testimonio en diversas épocas la vida y los trabajos de Cinabue, de Giotto, de Lippo Dalmasio, del B. Angelico de Fiesole, de su discípulo querido Benozzo Gozzoli; de Gentile Fabriano, de Tadeo Bartolo; en fin, de los dos religiosos Vidal y Lorenzo, que al pintar los claustros de Bolonia, trabajaban juntos como dos hermanos, excepto si se trataba de la Crucifixión. Entonces Vidal se veía de tal modo anonadado por el asunto, que lo abandonaba todo á su amigo. Yo podría citar otros ejemplos no menos notables de ese profundo sentimiento religioso llevado al arte por los pintores verdaderamente cristianos.

La segunda razón porque no se pintaba la desnudez, es, que no era necesario para la perfección del arte católico. Se buscaba solo la belleza *espiritual*, única cuya vista eleva sobre los sentidos. Ahora, esta belleza se refleja únicamente en los ojos y en las facciones del rostro. De aquí la incomparable pureza de las figuras y el tipo verdaderamente divino, que distinguen las obras de los grandes maestros anteriores al movimiento del siglo XV. Se ve que esta parte absorbía todos sus cuidados y su talento; todo lo demás, visto como accesorio, está tratado con cierta negligencia que ha sido siempre tierno objeto de reproches llevados hasta la injusticia, sobre las partes visibles de las antiguas pinturas. Esta dignidad, esta santa misión del arte fué desconocida por los nuevos artistas. Formados en la escuela del paganismo, no han visto habitualmente más que la belleza material, y para hacerla resaltar han pintado la desnudez; y la han pintado los desgraciados con una abundancia y una osadía, que hacen bajar los ojos á la virtud y ruborizar la frente menos púdica. ¿Es este, preguntamos, el uso legítimo, ó el abuso del arte? ¿Puede creerse que Dios ha dado al hombre el genio para corromper con más habilidad?

Si en los asuntos profanos, la desnudez de que hablo es un escándalo, ¿no es en los asuntos religiosos un contrasentido sacrilego? ¿No se subleva el sentimiento cristiano cuando se nos dan por santas, figuras desnudas y provocativas como las ninfas y sirenas? ¿y por Madre Dios una mujer enseñando á todas las miradas un niño completamente desnudo? No, no, aunque se quiera, jamás se podrá persuadir á ningún católico de que nuestras santas tuvieron la desenvoltura de las diosas, y de que la más reservada de todas las madres, la más santamente púdica de todas las vírgenes, María, en fin, hubiese dado al-

guna vez al público un espectáculo como el de que acabo de hablar.

Por otra parte, nos fué dulce reconocer y nos es consolador proclamar en aquellos contrasentidos extraños, por no decir sacrilejos, que la galería de Florencia ofrece honrosas excepciones: Rafael, el Ticiano, el Guido, el Tintoretto, Julio Romano, y otros más, han escrito páginas verdaderamente sublimes. Pero, admitidas estas excepciones, es difícil dejar de aprobar los reproches dirigidos al Renacimiento. El ha honrado el culto de la forma, hasta hacerlo idolátrico; el arte ha cesado de ser la lengua del espiritualismo, para ser la del sensualismo: en vez de ser un sacerdocio católico, ha sido frecuentemente un sacerdocio degradante y corruptor. Sustancialmente el arte ha perdido, pues, más de lo que ganó en la revolución del siglo XV. En cuanto á la forma, ¿se podría probar que permaneciendo católicamente no hubiera llegado á esa corrección de dibujo, á esa regularidad de contornos, á toda esa perfección de posturas, ropajes y otros accesorios de que justamente se gloria el Renacimiento? El que puede lo más, puede lo ménos. El arte católico se había elevado ya hasta la belleza ideal y espiritualista: un poco de práctica le hubiera dado el secreto de la belleza sensible, cuyos modelos son palpables; pero los había despreciado, por las razones explicadas arriba. Podrían citarse como una prueba las obras maestras del Giotto y del B. Angelico, de Gaddi, etc. La capilla de los españoles, en Roma, posee muchas figuras de tan bello estilo en la expresión como las de Rafael, y los pensamientos son más profundos, las concepciones más vastas. La virgen de Santa María *in Cosmedin* y Nuestro Señor en la iglesia de los Santos Cosme y Damian, son admirables, las figuras son de un tamaño á que no llegaron

nunca en las suyas Miguel Angel, Rafael y todos los pintores que les siguieron.

Salimos de la galería de Florencia con la vista encantada, pero poco satisfecho el corazón. A vista de tanto talento tan tristemente gastado, se jime amargamente, y no se encuentra consuelo, sino solo en la esperanza de una vuelta al orden, vuelta ardientemente deseada hoy, y que cada cual debe hacer un esfuerzo por apresurar su saludable progreso, con todo el poder de su debilidad. Tal es el motivo de las reflexiones que preceden; ¡ojalá pueda él servir á la vez de justificación!

28 DE NOVIEMBRE.

Anécdota.—El Palacio Vecchio.—Los Uffizj.—Visita al Sr. canónigo B.....—Estado moral de Florencia.—Cofradía de la Misericordia.—Catecismo de perseverancia.

Ayer habíamos dejado la galería para dirigirnos á los Uffizj, pero lo avanzado de la hora nos obligó á dejar la visita para el día siguiente. Durante la noche el áspero clima del norte había reemplazado á la dulce temperatura de la Italia. El frío lento toscano, sorprendido de improviso, no sabía como envolverse en su capa. Su embarazo nos daba risa, porque el frío nos parecía muy llevadero. Ahora bien; ántes de empezar nuestro bello y largo paseo sobre las pintorescas riberas del Arno, habíamos tenido cuidado de almorzar con un apetito que había sido singularmente favorecido con la picante conversación de un viajero inglés.

Este amable narrador era un pequeño anciano, muy experto en los viajes. En su vida nómada había visitado muchas veces la Europa entera. Nada importante se le había escapado y hablaba de todo con una exactitud y oportunidad que daban á

sus relaciones un encanto y un interes siempre sostenidos. Por un privilegio muy raro entre sus compatriotas, se expresaba en nuestro idioma con elegancia y sin acento extranjero. Unia á conocimientos muy variados, lo que es todavía más raro, una perfecta modestia. Pues bien, habíamos solamente cinco ó seis en el comedor; la conversacion era jeneral. Nos preguntábamos mutuamente lo que habíamos notado en las diferentes ciudades de Italia.

En el número de los compañeros de mesa se hallaba un turista muy entusiasta de lo que habia visto. Pero sus elogios iban más allá de lo superlativo, si por casualidad el objeto de su admiracion era una bagatela que se os había escapado. Dirigiéndose, pues, al anciano, «Señor, le dijo, ¿habeis estado en Génova?—Sí, señor, he permanecido allí largo tiempo y creo conocer esa ciudad.» Y se puso á contarnos en pormenor lo que habia visto: iglesias, monumentos, cuadros, palacios, establecimientos, numerosas glorias de la soberbia ciudad, todo pasó en revista. Despues de esta larga nomenclatura, el turista añadió: ¿Habeis visto la villa Negroni?—No, señor.—¿Cómo! ¿no habeis visto la villa Negroni? pues no habeis visto nada. Y el viajero se extasió en las bellezas, curiosidades y riquezas de la villa, y en darse el parabien de haberla visitado, y compadecer al anciano de haberla olvidado. «Ahora, os decía, en Génova, la villa Negroni, no encierra nada que no se encuentre veinte veces en Italia. No tiene de ventajoso nada mas que su posicion. Desde el jardín se goza del panorama de la ciudad: aunque este golpe de vista lo teneis más grande y más completo en muchos otros puntos: tal es, por ejemplo, la cúpula de Santa María de *Carignano*.—Señor, respondió el modesto inglés, os agradezco vuestra indicacion; dentro de un mes estaré de vuelta en Génova, y ofrezco no olvidar la villa

Negroni.» Y al punto escribió sobre su cartera: *Villa Negroni en Génova*.

Continuó la conversacion sobre estos y otros asuntos; y el anciano la dejó correr. El seguia tomando parte en ella, dejando escapar algunas palabras que tenian el aire de decir: Ya te conduciré á mi objeto. En efecto, comiendo su *beafsteack*, y sin aparentar tener un pensamiento fijo, se puso á contarnos muchas anécdotas. «Me acuerdo, entre otras, nos dijo, de una circunstancia en mi primer viaje á Paris, y que nunca he olvidado. Yo era jóven, curioso como se es á los veinte años y muy amante de los monumentos y de las obras maestras. Seis meses completos me habian parecido muy cortos para estudiar á Paris. Despues de estar allí, me instalé en Versalles. Un dia que visitaba yo el castillo, me encontré una comitiva de viajeros franceses. Una señora de buen tono, habiendo conocido que era yo extranjero, me preguntó si habia yo visto á Paris.—Sí, señora.—¿Habeis visto las Tullerías?—Sí, señora.—¿Habeis visto las galerías del Louvre?—Sí, señora; soy amante de la pintura y por allí he empezado.—¿Habeis visto á Nuestra Señora, á Santa Genoveva, á san Estéban del Monte?—Sí, señora.—Me paseó por todo Paris. A todas sus preguntas daba yo la misma respuesta, y mi respuesta era cierta. De pronto se volvió y me dijo: ¿Habeis visto el canal del Ourcq?—No, señora.—¿Cómo! ¿no habeis visto el canal del Ourcq? pues no habeis visto nada.»

A esta última frase, que iba dirigida á nuestro viajero frances como una flecha á su objeto, todo el mundo soltó la risa, sin exceptuar al caritativo indicador de la *villa Negroni*. De vuelta del paseo, en donde habíamos podido gozar de los encantadores sitios que rodean á Florencia, nos fuimos á los *Uffizj*. Antes de llegar al nuevo templo de las artes, hé ahí á la plaza

ducal con su *Robo de las Salinas* y no sé cuántas otras estatuas, cuya desnudez recuerda tristemente la fuente de Neptuno en Bolonia. Delante se dibuja el *Palacio Vecchio*. Severo, sólido, pintoresco, edificado al fin del siglo XIII, dominado por su alta y atrevida torre, la antigua mansion de los Médicis, os transporta á la plena Edad Média. Muestra á la vez la magnificencia de sus antiguos señores, y los trágicos acontecimientos de que fué impasible testigo. Al subir la gran escalera, se espera uno encontrar al hermano Savonarola, al ardiente tribuno que pagó con su cabeza sus democráticas predicaciones; se pasa por el lugar mismo en que fué despojado de su vestido de dominico ántes de subir al cadalso. La torre llamada *Barberia* recuerda á Cosme de Médicis, el padre de la patria. Encerrado en aquel calabozo aéreo por el fogoso Renaud de los Albizzi, tuvo por guardian á Federico Malavotti, llamado el más honrado y delicado de los carceleros.

A traves de un pueblo de estatuas se llega á los Uffizj: este nombre, célebre en la historia de las artes, designa un nuevo palacio lleno de cuadros y estatuas antiguas y modernas. Ahí veis en el gabinete de pintaras todos los retratos de los *grandes artistas* hechos por ellos mismos: esta coleccion es única en el mundo. Las diferentes escuelas de pintura italiana, flamenca, francesa, alemana, española, tienen cada una su salon particular. Allí encontramos con gusto las obras de los artistas católicos, colocadas en primer rango; lo mismo pasa en la Academia, donde Florencia conserva en gran número las obras maestras del B. Angelico y de otros pintores contemporáneos suyos. La visita á la Academia y á los Uffizj, reconciliándoos un poco con la ciudad del Renacimiento, hace sentir más vivamente la desviacion del siglo XV. Entre una multitud de ob-

jetos que componen la galería de los broncees en el palacio de los Uffizj, hay dos que excitaron vivamente nuestra curiosidad: el primero es una águila romana, el águila de la XXIV lejion; el segundo es un casco de hierro con una inscripcion en letras desconocidas; uno y otro provienen del campo de batalla de Cannes.

Como estudio de costumbres, la coleccion de los bustos antiguos de todos los emperadores romanos, partiendo desde Augusto hasta Dioclesano, ofrece grande interes. La sociedad de sangre y lodo, de que fueron la personificacion los Césares, se refleja en sus facciones con una aterradora verdad. Frentes, la mayor parte deprimidas, mejillas caidas, la parte inferior del *facis* muy desarrollada, cuello de toro, ojos duros y salientes ó pequeños y hundidos, separados por una prominente nariz, dan á los unos la figura de bestias inmundas y feroces, á los otros los de grandes aves de rapiña. Entre los bustos imperiales, puestos en dos líneas, están intercaladas las estatuas de los habitantes del Olimpo. Los dioses y los Césares, unidos por fragmentos de piedras sepulcrales, con inscripciones á los dioses manes, ocupan los dos lados de una inmensa galería: se diria que era una hedionda catacumba, en que el mundo antiguo inmóvil y helado se resume en tres palabras: crueldad, voluptuosidad, muerte. A pesar de las vergonzosas desnudeces que cansan vuestra vista, este espectáculo no deja de ser útil para el observador cristiano. Dándosele á conocer tal como fué el paganismo, pone en sus labios más de una viva bendicion al Dios de misericordia, que ha reducido á sombras todo aquel horrible universo.

Entretanto habia llegado la hora de asistir á una cita vivamente deseada. Se me habia procurado la presentacion á un canónigo de la catedral, hombre muy dis-

tinguido y capaz de darme sobre el estado moral de Florencia todos los informes deseables. Mi esperanza no fué vana. Me encontré un anciano de blancos cabellos, antiguo misionero de América. Cincero amigo de la Francia y que unia á la vez conocimientos poco comunes, y mucho candor y afabilidad.

A las preguntas que le dirigí, me respondió en estos términos: «El Jansenismo dogmático está extinguido entre nosotros, pero los males que ha causado no se han reparado completamente. Hasta aquí se han seguido en la enseñanza los autores severos; comienza á sustituirlos san Alfonso. La teología del ilustre obispo, adoptada y practicada en Toscana, es un hecho que podeis mirar como muy significativo. Nuestro clero es numeroso: juzgad si no, por el de la catedral, que cuenta treinta y seis canónigos, sesenta y cinco capellanes y cien clérigos, llamados *Eugeniani*, en memoria de Eujenio IV. En el concilio de Florencia, este papa, compatriota nuestro, quiso conceder á cien jóvenes eclesiásticos de nuestra ciudad el privilegio de ser admitidos á las órdenes, sin beneficio ni patrimonio, con la condicion de servir nueve años en la catedral. Nos faltaba una cosa, y es la organizacion de nuestros seminarios. Nadie, entre nosotros, es admitido á las órdenes sin que su vocacion se haya probado dos veces: la primera, en el pequeño seminario; la segunda, en el grande. Tenemos muchos seminarios, pero el vicio de estos establecimientos consiste en no estar separados.

«No obstante, el clero hace el bien, pero lo haria mejor y más fácilmente, si no reinara todavía en Toscana el espíritu de José II. El poder civil invade en cuanto puede los derechos de la Iglesia y no cesa de quejarse de las invasiones del clero en el poder civil.—Esa es, le dije, venerable hermano, la táctica algo usada de un per-

sonaje llamado entre nosotros *Roberto Marcario*, que despues de haber robado á su vecino, es siempre el primero en gritar: *¡al ladrón!*

«Las costumbres, continuó él, serian generalmente buenas porque hay fé y piedad en Florencia; pero los extranjeros nos hacen mucho mal: de estos se cuentan habitualmente de quince á veinte mil. Sin embargo, el precepto pascual se cumple generalmente por los hombres como por las mujeres. Lo sabemos de una manera cierta, porque aunque no haya obligacion de confesarse en la Pascua con el propio párroco, sí la hay de recibir la Eucaristía en la Parroquia de cada uno, y de enviar al pastor un billete de la comunión.

«A pesar de las malas doctrinas traídas por los extranjeros; á pesar de vuestros libros impíos con que nos inundan los falsificadores belgas; á pesar de los venenos vertidos en las entrañas de nuestro pueblo por las escandalosas desnudeces que se exponen en nuestras galerías y en nuestras plazas públicas, como en muchas otras ciudades de Italia, tenemos ademas del bien que os he dicho, una institucion admirable que es la gloria exclusiva de Florencia y de nuestra santa religion, tal es la *Cofradía de la Misericordia*. Fué fundada á mediados del siglo XIII, por nobles florentinos, en tiempo que la peste desolaba nuestra patria; cuenta cerca de mil cofrades. El príncipe reinante, el cardenal arzobispo, los hombres más distinguidos forman parte de ella y no pueden ser más que simples cofrades: los reglamentos los excluyen de todas las dignidades. La cofradía tiene por objeto socorrer á los heridos, trasportarlos al hospital y cuidarlos hasta que estén sanos ó tengan una vida mejor. Esta institucion tan respetable sorprende y edifica á los extranjeros. Muchas veces se ha visto desprenderse de los círculos más brillantes á al-

guno de sus cofrades avisado de algun accidente por la campana de la casa. A este llamado de la caridad, corre á vestirse su religioso uniforme, especie de túnica negra con capuchon, hábito monástico que disimula la desigualdad de los rangos y al cual está suspendido un rosario. Este hombre del mundo, nacido en medio de los goces de la vida, ase por sí mismo uno de los extremos de la camilla; camina lentamente á traves de las calles de la ciudad, cargado con su hermano que sufre y pasa, sin disgusto, sin sorpresa, del suntuoso salon al humilde hospital 1.

«Entre los cofrades de semana hay siempre un sacerdote prevenido con la Extrema-Uncion. ¿Conviene trasportar al hospital á un enfermo quien quiera que sea, herido ó no herido? Este honor pertenece exclusivamente á la cofradía. Si el enfermo es pobre, siempre deja la cofradía en su casa señales de la más generosa caridad. Las señoras tambien forman parte de la obra de la Misericordia, en bien de la cual contribuyen con sus limosnas y oraciones. La cofradía está dividida por cuarteles, y cada mes uno de los miembros hace la colecta.

«En cuanto á los hospitales, dejan algo que desear: las salas de hombres están administradas y cuidadas por criados, los cuales con los empleados gastan una gran parte de las rentas. Algunas religiosas vigilan las salas de mujeres; pero la mayor parte de los cuidados se desempeñan por criadas. Y el buen anciano se puso á hacer el elogio de nuestras hermanas de san Vicente de Paul, manifestándome su ardiente deseo de verlas establecidas en Florencia. «Existen tambien, me dijo ya para concluir el venerable canónigo, muchas instituciones de caridad y de piedad que visitareis con interes. Tales son la *pia ca-*

1 Un viajero moderno refiere el mismo hecho en iguales términos.

sa di Lavoro 1, el hospicio *Bigallo* y la casa *pia* de san Felipe Neri. Tampoco debo olvidar nuestros catequismos de perseverancia.»

A estas palabras sacó su reloj y me dijo: «El de la Santísima Trinidad se hace en este momento; si quereis verlo, no hay que perder tiempo; pero prometedme venir mañana á verme.» Yo se lo ofrecí, le dí las gracias y me fuí á toda prisa á la iglesia indicada. El clero parroquial, oculto tras del altar, salmodiaba las vísperas á media voz, mientras que en medio de la nave comenzaba el catequismo de perseverancia. Era numeroso, recojido y compuesto de niños de doce á veinte años. Encontrar en Italia la institucion á que habia yo consagrado diez años de mi vida; verme en una de aquellas interesantes reuniones, á la misma hora en que otros niños, muy queridos de mi corazón, participaban del mismo ejercicio, recibian la misma instruccion, fué para mí, lo confieso, una sorpresa muy agradable. Me ocupaba yo de encomendar á Dios á los niños, al catequismo italiano, y al catequismo frances, cuando advertí que iba á sorprenderme la noche: y fué necesario salir aun con el temor de no volver á encontrar el camino para volver á *Porta-Rosa*.

29 DE NOVIEMBRE.

Média fiesta de san Andrés.—*Pia casa di Lavoro*.—Hospicio Bigallo.—*Pia casa* de san Felipe.—Hospicio de los Inocentes.—Sasso del Dante.—Biblioteca Laurenciana.—Pandectas pisanas.—Tumba de Miguel Anjel, de Galileo, de Maquiavelo, de Pic de la Mirandola.—Anécdota.

Hoy todavía en Italia, como ántes en Francia, hay médias fiestas. En estos dias se permite el trabajo, pero hay obligacion

1 *Piadosa casa del Trabajo*.